

LEONARDO SCIASCIA: "el terrorismo favorece a la DC"

EN cierta ocasión dijo usted que "un intelectual debería ser un solitario", y he aquí que por segunda vez se presenta a elecciones respaldado por un partido político.

L. S.—Sigo pensando que la posición óptima de un intelectual se encuentra en la soledad, y en la observación más libre, más desprovista de prejuicios posible de la realidad. Pero hay momentos, hay circunstancias en los que resulta imposible rechazar una intervención directa y especialmente una intervención en el marco de un partido pequeño, un partido que permite esa soledad, esa independencia, esa libertad. El Partido Radical hoy día permite, favorece la soledad del intelectual. Yo estoy presente en la lista electoral más por los libros que llevo escritos que por mi propia personalidad política.

—De todas formas ha sido una sorpresa el encontrar su nombre, y el de Maria Antonietta Macciocchi en la lista de los radicales, al lado de Pannella, de Marco Boato, una de las figuras históricas de Lotta Continua, y de Mimmo Pinto, representante de los "parados organizados".

L. S.—En mi caso se trata de una decisión dictada por mis últimas posiciones. Puesto que había intervenido en la vida política, en las polémicas del caso Moro, era una consecuencia inevitable y necesaria que me presentara en la lucha política.

"Hubiera preferido dedicarme completamente a mi trabajo de escritor, pero me lo he impuesto como una especie de deber, pensando, además, que la gente lo esperaba.

"En Italia, particularmente en los últimos años, no existía oposición, debido al entendimiento de la Democracia Cristiana con el Partido Comunista. Entonces pensé que había que trabajar en favor de algún partido de oposición, que había que estar con los radicales.

—Jean Fabre, el francés se-

Leonardo Sciascia, escritor siciliano, autor de "El asunto Moro", además de diversas novelas como "Todo modo", "Cadáveres excelentes" o "El día de la lechuza", "A cada uno lo suyo", que le han situado en el primer plano de la narrativa contemporánea italiana, se presenta como candidato por el pequeño Partido Radical a las elecciones del 3 y 4 de junio. Sciascia, que en los comicios anteriores figuró como independiente en una lista del PCI, analiza, en la entrevista exclusiva concedida a TRIUNFO, el estado de salud de la democracia italiana y el panorama de los partidos políticos que intervienen en la contienda electoral.

IGNACIO RAMONET-RAMON CHAO

cretario general de los radicales italianos, dice que este grupo no es un partido, sino un movimiento internacional. Por otra parte, carecen de programa. ¿Qué piensa hacer en la vida parlamentaria?

L. S.—Sí. Me interesa mucho recalcar que no se trata de un partido burocráticamente organizado, con una disciplina precisa. Se puede ser radical incluso estando inscrito en otro partido. Hay socialistas, incluso comunistas, en esta lista radical. Es indispensable la existencia de un partido tan fluido, tan libre, formado por individuos, frente a esos partidos enormes, burocráticos atacados ya por la arteriosclerosis.

—Ante el caso Negri, por ejemplo, ¿cuál es su opinión?

L. S.—En esto no tengo ninguna opinión. Se acusa a los intelectuales de precipitación, de firmar demasiado fácilmente. Yo, en esto, quiero ser prudente. El juez Calogero, que llegó a la conclusión de la culpabilidad de Negri y lanzó la orden de captura, es un magistrado honesto, ponderado, que suele actuar sin precipitación, y no creo que sea miembro del Partido Comunista, como se ha dicho en Italia. Hay que esperar que este magistrado muestre las pruebas que dice tener contra Negri antes de tomar posición.

—¿No le parece que ha habido últimamente un esfuerzo de moralización de la vida política italiana, con la dimisión

de Leone, y los procesos de Fontana y Piazza, el asunto Lockheed?...

L. S.—Sí. Ha habido un pequeño esfuerzo, pero muy insuficiente. Pues no debemos olvidar que la vida política italiana es un denso tejido de corrupciones, y esas débiles tentativas de moralización no bastan ni con mucho para borrar la impresión dominante. La dimisión de Leone podría aparecer como algo importante —es nada menos que la dimisión del Presidente de la República—, pero en realidad no basta. Sería menester una actitud más permanente, más incisiva, más continuamente vigilante de la ética política, y eso no existe.

—Volviendo a las elecciones, ¿cree usted que, como dicen las Brigadas Rojas, son el arma de los patronos, o como piensa Modugno, "cuando las masas son pasivas, votan, y cuando son activas, se abstienen"?

L. S.—En cuanto a las acciones de las Brigadas Rojas, les diré que, en estos momentos, todo lo que hagan acarrea votos a la Democracia Cristiana. Cada vez que emprenden una acción, la Democracia Cristiana debiera agradecerse públicamente, porque les proporcionan al menos cien mil votos.

—¿Y por qué no al Partido Comunista, pues también se presenta como un partido de orden?

L. S.—No. Al Partido Comunista no tanto. El Partido

Comunista, desde ahora, está en condiciones de tener lo que siempre ha tratado de evitar, es decir, enemigos a su izquierda. Ahora bien, el enemigo de la izquierda le va a arrancar votos por su política de consenso.

—Hace seis meses (1) nos profetizó usted, para estas elecciones, que la Democracia Cristiana mantendría sus posiciones, que el Partido Comunista Italiano perdería votos y que tal vez avanzase el Partido Socialista. Pero lo que no previó usted fue el posible salto de los radicales.

L. S.—Es cierto. Se debe a que el Partido Socialista ha venido a menos. Ha perdido mucha fuerza. El Partido Socialista, durante el verano, había tenido una actitud muy buena, ante el caso Moro, por ejemplo, y también había propuesto una discusión teórica e ideológica, volviendo a Proudhon y declarándose, aunque lejanamente, marxista, etcétera... Pero después abandonaron esta actitud, tal vez porque tuvieron miedo en seguir por esa vía en el caso Moro. Los italianos se han dado cuenta de esto, y su audiencia ha disminuido, igual que ha venido a menos la fe en el Partido Comunista. En cambio, en la izquierda, aumenta la esperanza en los radicales.

—A los vencedores de las elecciones se les van a plantear dos problemas urgentes: la lucha contra el terrorismo y la formación de un nuevo Gobierno. Estos problemas tal vez no sean los más graves de todos los que conoce Italia.

L. S.—Sí. El paro, la inflación, la escasez de viviendas son problemas enormes que tiene que afrontar Italia. Naturalmente, la lucha contra el terrorismo es lo más inmediato, y la formación de un Gobierno. No se ve cómo se podrá formar un Gobierno únicamente con los socialistas. Es decir, que la Democracia Cristiana se presenta ante los

(1) TRIUNFO, número 831, del 30-X-78.

electores, una vez más, como un partido anticomunista, que rechaza la colaboración con los comunistas, o que, a lo más, la acepta como votos externos, pero se niega a aceptar ministros comunistas. Por eso no se ve más que la solución con los socialistas, que vuelvan al Gobierno con la Democracia Cristiana. Si los socialistas no perdiesen muchos votos, si conservasen sus posiciones, de un diez por ciento de votos, probablemente aceptarían la proposición de formar un Gobierno con los democristianos. Entonces puede haber así un Gobierno, aunque no sé cuánto puede durar. En cambio, si los socialistas no aceptasen, el problema se plantearía de nuevo, y los democristianos tendrían que reanudar el diálogo con los comunistas.

—Puesto que hablamos de terrorismo, no podemos dejar de evocar el terrible atentado de Madrid, que provocó ocho muertos y más de cincuenta heridos.

L. S.—El terrorismo español se asemeja al italiano, y como pienso que el italiano, en estos momentos, ayuda a la Democracia Cristiana, pues creo que el terrorismo español ayuda a la reacción.

—Y en cuanto a sus apoyos, y a sus bases, ¿ve usted alguna diferencia?

L. S.—Tal vez el terrorismo vasco tenga una base, una ligazón popular, regionalista, mientras que el italiano reposa un poco en el aire, pero creo que el italiano tiene un apoyo internacional, indeterminable, que es determinante.

—¿Cree usted que desde que el Ejército ha tomado en manos la lucha contra el terrorismo, desde que Dalla Chiesa se ha convertido en un procónsul, se han observado resultados positivos?

L. S.—No, creo que no. No ha habido progresos reales. Han realizado ciertas operaciones, pero estamos aún muy lejos de obtener éxitos en esta lucha.

—Ahora bien, considero como un exceso el haber movilizado al Ejército contra menos de quinientos brigadistas. El enfrentamiento contra las Brigadas Rojas es un problema de inteligencia y no de fuerza.

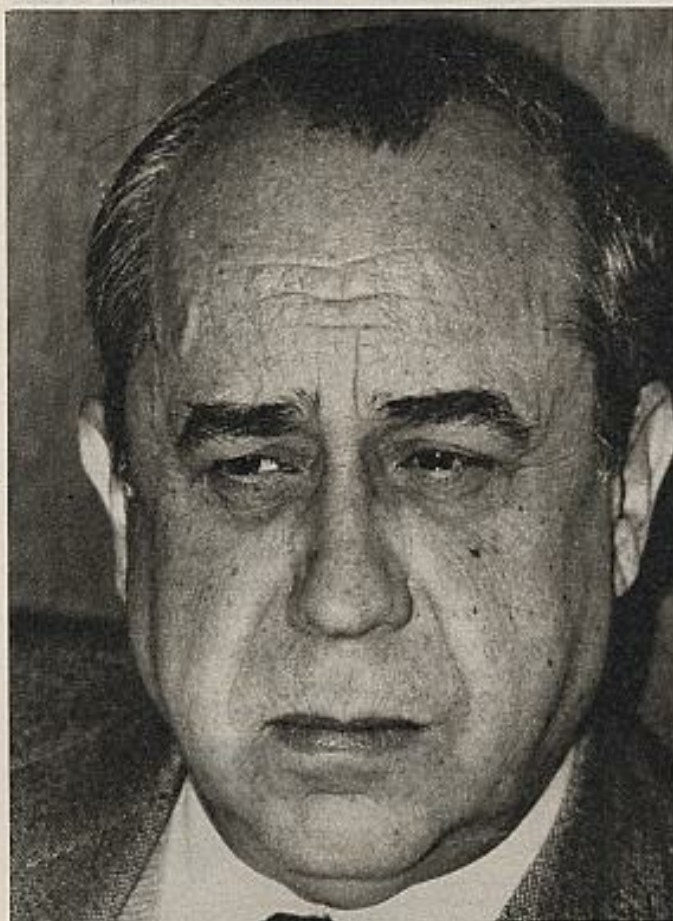
—¿No teme usted que exis-

ta en el seno del Ejército cierta tentación de participar en los asuntos del Gobierno, no ve usted algún riesgo de engranaje autoritario?

L. S.—No lo creo, y no pienso que tal cálculo exista en los que han tomado la decisión de confiar al Ejército tareas de vigilancia contra posibles atentados de las Brigadas Rojas. En Italia no hay

concesión de autonomías a las regiones?

L. S.—No. La fragilidad del Estado italiano proviene, sobre todo, del hecho que Italia ha sido gobernada desde hace más de treinta años por un partido católico. Los católicos nunca han tenido sentido del Estado. Al contrario, han tenido auténtica aversión hacia el Estado, por eso probable-



"La vida política italiana es un denso tejido de corrupciones, y las débiles tentativas de moralización, como la dimisión de Leone o el asunto Lockheed, no bastan para borrar la impresión dominante".

tradición de participación del Ejército en la vida pública y en los asuntos políticos. Yo espero que mantenga esta actitud. La Policía italiana es suficientemente numerosa, y suficientemente fuerte como para no tener necesidad de acudir al Ejército. Yo creo que el objetivo de esa decisión es alarmar a los ciudadanos y agravar el problema hasta hacerlo prácticamente insoluble, pues los ciudadanos se ven tentados de sostener a un Gobierno que aparenta ser fuerte, cuando en realidad es muy frágil.

—¿Considera usted que la fragilidad del Estado italiano sea una consecuencia de la

mente han deseado siempre, quizá inconscientemente, la destrucción del Estado. El fascismo, bueno o malo, por lo menos dejó un Estado, con un aparato burocrático funcionando, etcétera... Los democristianos lo destruyeron. Era una revancha, pues no hay que olvidar que la unidad italiana se realizó contra los católicos y contra la Iglesia.

—Las autonomías regionales en un país como Italia son, en principio, instrumentos ideales para mejorar las condiciones de existencia, especialmente en regiones como el Sur. Lombardía quizá la necesitase menos, pero Sicilia, Cerdeña, etcétera, las necesi-

taban realmente. En la práctica, sin embargo, estos instrumentos, políticamente válidos, cayeron en manos de partidos abandonistas, sin proyectos originales, y de hecho el alcance de las autonomías ha sido muy inferior al que podía haber sido.

—Se dice a menudo que es usted pesimista. ¿Acepta usted esta calificación?

L. S.—Sí. Soy pesimista, porque la realidad es pésima. Pero toda mi obra demuestra que mi pesimismo es de una naturaleza bastante contradictoria, pues cuando compruebo que las cosas van mal y que aún pueden ir peor, intervengo para tratar de mejorar la situación en la medida de mis posibilidades. No tengo una actitud pasiva, ya ven que soy candidato a las elecciones, y se desmiente mi pesimismo.

—Sin embargo, ha dicho usted una frase terrible: la burocracia es una categoría eterna. ¿Podría explicar por qué?

L. S.—Sí. Considero que cualquier régimen, cualquier tipo de sociedad tiende a repetir la burocracia. Lo comprobamos en Rusia, donde la burocracia es burocracia. En Yugoslavia, que tuve ocasión de visitar en los años cincuenta, había cierto tipo de igualitarismo: todo el mundo, intelectuales y obreros, llevaban la misma vida, iban a los mismos restaurantes, cantaban las mismas canciones... Y hoy día se puede ver que las cosas ya no son así, que poco a poco se han establecido diferencias, y que, hay que admitirlo, ha surgido una burocracia. El propio Mao ya advirtió que era fácil que dentro de la sociedad comunista surgiese una burocracia, y contra esto no hay solución. Siempre habrá burocracia. A este respecto, Tolstói contaba una anécdota: Iba un día por la calle y vio a un grupo de obreros que trataban de levantar una enorme viga, y no podían. Entonces uno de ellos se subió sobre la viga y se puso a cantar una canción tan dinámica, tan estimulante, que los demás, aun con uno de menos y con el peso suplementario de su compañero, consiguieron levantar la viga y pudieron transportarla. Tolstói concluía diciendo: "Yo soy uno de esos que cantan sobre las viga" ■